

duquesa, la dulce imágen de la vecina.

¿Qué más da que se vean por primera vez desde dos pobres ventanas de dos boardillas, que á la sombra de pomposos árboles, ó al pié de una montaña majestuosa, ó á la orilla de un arroyo dulce y cristalino, ó en la perfumada ladera de un valle siempre florido, si la vez primera que se ven les parece que han estado viéndose toda la vida?

¿Acaso es absolutamente indispensable que los *idilios* nazcan y mueran, como las flores silvestres, en las risueñas soledades de la naturaleza? ¿No pueden nacer y morir en el corazón?..... ¿No se puede amar tierna y sencillamente desde las cuatro paredes de un cuarto piso, adonde también llega el sol del cielo, el aire bullicioso de la mañana y las sombras melancólicas de la tarde?

Si el amor todo lo embellece, ¿quién ha dicho que no puede transformar una boardilla en un palacio de mármoles ó en una gruta de flores?

Miguel tenía el *idilio* en el fondo de su alma, y había hecho de su cuarto una casita blanca como la nieve..... del cuarto de su

vecina una gruta encantada; los tejados confundiendo unos en otros hasta perderse en el horizonte, formaban los contornos de las montañas; las calles se abrían paso entre las casas como los barrancos entre las rocas; los pájaros anidan también bajo el techo hospitalario de las tejas, y el *amarillo jaramago* crece solitario en las grietas de las paredes..... Faltaba el bosque..... pero ¡bah! ¿nos hemos de detener por tan poca cosa?..... Además, desde el cuarto de Miguel se distinguía el confuso verdor del Retiro, y esto era bastante para completar la semejanza del cuadro.

El mar no era tan fácil traerlo para trazar esa línea azul que debía ondear en el último término del paisaje; pero ¿qué más mar que el oleaje continuo de las muchedumbres que se agitan en el seno casi siempre tempestuoso de las ciudades populosas? ¿Qué más mar que ese ir y venir de gente que se empuja y se atropella por todas partes en incesante movimiento, como las olas del Océano, condenadas á inquietud perpétua?.....

Mar, montañas, bosque, pájaros, flores, el cielo, que es el mismo en todas partes, inmutable como la verdad; nubes, la luz sonrosada del día que amanece, como si se avergonzara de mirar á la tierra; la sombra de la tarde medio enlutada por las primeras oscuridades de la noche..... Verdaderamente nada faltaba al cuadro. Miguel no había hecho más que trasplantar las semillas de la realidad al campo siempre florido de las ilusiones.

Por lo que hace al curso de los sucesos, se encontraba en el primer canto del *idilio*, esto es, en el primer encuentro, en la primera sorpresa, en la primera mirada; porque la imaginación, más rápida que el tiempo, había llegado al fin cuando todavía estamos en el principio.

Salió del fondo perfumado de su casita blanca, es decir, del sueño de su pensamiento, y vió ante sus ojos el cuadro azul de la ventana, por donde, digámoslo así, entraba el cielo, y se acercó al pasamano tímidamente, como quien se acerca al lugar de una cita misteriosa.

Allí permaneció tendiendo la mirada, ya á una parte, ya á otra, buscando algo que no parecía. Realmente en aquella ventana se le habían perdido cien mil duros, más ó menos fantásticos, pero al fin cien mil duros; mas no era eso lo que buscaba. Otro tesoro despertaba entónces la codicia de su corazón.....

La ventana de enfrente tenía entreabiertos los cristales, y el aire entrando y saliendo hacia entrar y salir el extremo de uno de los *visillos*, agitándolos de modo que parecía una mano blanca, tímida y ligera, que dice «vén», y se esconde; ó por lo ménos, que dice, «espera», y desaparece..... Era una seña misteriosa que el aire oficioso se había encargado de transmitir, contando con la docilidad del *visillo* que continuaba entrando y saliendo á merced del aire que entraba y salía.

Al fin, los cristales se abrieron de par en par, y en el hueco de la ventana apareció una sombra que nuestro poeta no quiso mirar por no ver la figura de la madre ó el perfil del hermano.

Sin embargo, sus ojos se iban hácia la ven-

tana, y le costaba trabajo sujetarlos..... quería ver sin mirar, y eso solo saben hacerlo las mujeres. Entónces le ocurrió como una idea felicísima el medio más sencillo del mundo. Consistía en retirarse de la ventana, colocarse en el interior del cuarto en el punto conveniente, y desde allí mirar sin ser visto.

Lo mismo que lo pensó lo hizo, y se encontró con los ojos de la vecina, que miraban á su ventana con apacible tristeza.

Hacia cuarenta y ocho horas que el *corrector de pruebas* no había visto el semblante de tan bella criatura, y podrémos imaginarnos el efecto que le causaría la aparición, si calculamos lo bella que debe ser la aurora despues de una noche de dos días mortales.

Pronto notó que sus mejillas estaban más pálidas, que sus ojos brillaban húmedos como si hubieran llorado ó como si estuvieran prontos á llorar; advirtió que su boca se replegaba sobre sí misma, con esa gracia irresistible con que la boca de un niño afligido se encoge para sujetar los sollozos que hierven en su pecho; y vió, en fin, con rabia, con indignacion, con ira, con verdadero coraje,

una mancha azulada sobre su frente, cerca de la sien, que no dejaba duda de que en aquel sitio había recibido la pobre niña un golpe alevoso; é inmediatamente recordó la escena que había presenciado la tarde ántes; aquella debía ser la señal que la silla lanzada por su odioso hermano había impreso en la frente immaculadada de aquel ángel del cielo.

Notó tambien que la jaula no aparecía colgada de la ventana, y le parecía más triste el cuadro, porque el infeliz canario alevosamente *asesinado* no lo alegraba con sus saltos y con sus trinos.

Templó su cólera, dulcificó la airada expresión de su rostro y se asomó de nuevo á la ventana. La vecina le vió, y si me es permitido traducir el movimiento involuntario de su cabeza, aseguraré que dijo:

—¡Ah..... está ahí!.....

Antes Miguel había dicho:

—¡Oh..... es *ella*!

Esas admiraciones son indispensables en estas sorpresas esperadas, en estos encuentros tácitamente convenidos, en estas citas tanto más misteriosas, cuanto que pasan ig-

noradas hasta por los mismos que se buscan y se encuentran.

Al verse los dos se sorprenden, y ambos exclaman: ¡Ah!..... ¡Oh!..... es decir: ¡Qué dicha!..... ¡qué alegría!.....

El *idilio* suspenso en los espacios imaginarios, continuaba en la realidad: la ficción iba tomando cuerpo; la pastora ó la duquesa aparecía por segunda vez en el mismo sitio, á la misma hora, en el cuadro solitario de su humilde ventana; parecia que á los dos se les habia perdido algo; á *ella* en la ventana de *él*, á *él* en la ventana de *ella*.

Entre ellos se habia cruzado ya la primera mirada, la que en un lenguaje sin palabras formula clara y distintamente la primera idea del amor, la que dice: «Me gustas.»

Despues vendria naturalmente la primera sonrisa, la que anuncia el primer sentimiento del cariño, la que llega al alma silenciosamente y le dice con el mayor sigilo: «Te quiero.»

Várias veces se habian encontrado sus ojos, separándose como dos amigos que van

á volver á verse pronto. Se separaban..... ¡qué capricho!..... por el placer de volver á encontrarse.

Así pasó una hora para el reloj, que mide el tiempo con fria indiferencia, mas para ellos debió ser un instante.

Al fin, la vecina alzó su hermosa cabeza, miró á Miguel y se sonrió, desapareciendo detras de la ventana.

Era la primera sonrisa.